

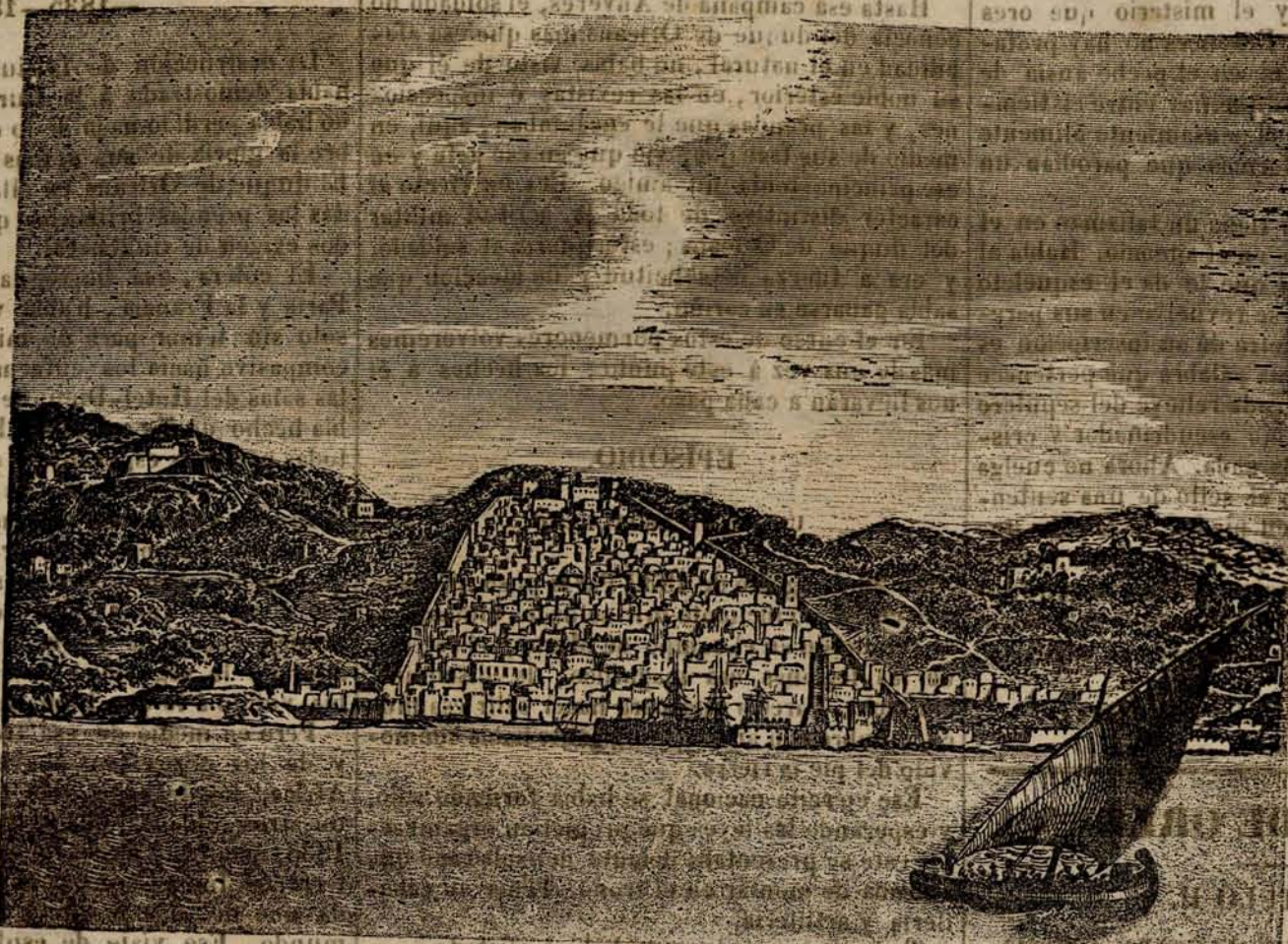
REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORRESCO DE LITERATURA.

NUM. 155

MADRID 13 DE JUNIO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



VISTA DE LA CIUDAD Y BAHIA DE ARGEL.

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

— Cogió Remond la carta de las manos de Emilia y leyó muy despacio.

— Ah! murmuró entre sí; ¡no se ha turbado! esa carta es verdadera, y Mr. Vernon me ha vendido; ¡Ah, Dios mío, tened lástima de mí!

Se dejó caer sobre el asiento de donde acababa de levantarse su tia, y permaneció como agoviada; detras de ella la contemplaba Remond en silencio; y aunque tuviese motivo para zozobrar en la terrible prueba á que se le habia sujetado, su fisonomía no expresó sino un sentimiento de interés y de compasion profunda.

— Esperabais sin duda que la lectura de esta carta me haria traicion á mi mismo, una conmocion involuntaria. No era para vos bastante dudar de la verdad de estas acusaciones, sino que querias confundir al calumniador.

— Caballero, dijo Emilia bábuciente; merezco y escucharé sin murmurar cuantas reconvencciones me dirijais; porque os he ofendido cruelmente.

— Sé cuanto sufre quien ama para que no perdona el extravío de una pasion: mi deber es someterme y esperar á que me juzgueis de un modo más favorable.

— Sois generoso, caballero. Esa era la única esperanza que me sostenia, y yo creo que es verdad cuanto esa carta dice.

— Permitted que guarde silencio sobre ese

punto, porque seria sospechoso á vuestros ojos si la diese crédito, y podríais dudar de mi sinceridad, si procurase deshacer una mentira.

— No es eso lo que espero de vos, caballero, ni necesito que me ilustren.

— ¿Y en qué puedo servirlos?

— Hoy mismo me ha estrechado la tia á que os entregue la mano: lo he reusado como siempre, porque al aceptarla os hubiera engañado: no hubiera dicho mi boca lo que mi corazón sentia, labrando así mi desgracia y la vuestra. Si Mr. Vernon ha roto los vínculos que nos unian, también yo debo hacerlos pedazos: pero le he amado, y... á pesar de su perfidia, le amo todavía.

No pudo contener Remond dando un gemido que brotó de lo profundo de su alma.

— Perdonad, prosiguió Emilia; perdonad esa declaracion: en el estado en que yo me encuentro, vale más que os diga cuanto en mi corazón se encierra, ya que he aprendido á leer en el vuestro. Si amo á Vernon, y no puedo tratarle con indiferencia ni un solo momento: ignoro lo que el porvenir me reserva, y quizá nunca podré olvidarle; y, sin embargo, caballero, estareis siempre junto á mi triste y anhelante, sin atreveros á solicitar ni una sonrisa, ni una mirada. Ya no tengo derecho para deciros, alejaos, perteneczo á un hombre que recibió mis juramentos como yo recibí los suyos; mas siempre tengo el deber de conservarme pura, y mis ojos de preferir lágrimas estériles, y un dolor de que á nadie hago participe á ideas de otra especie, y á memorias que turbarian vuestro reposo. Cuando guarde silencio, nada me preguntéis: siempre que hable, podreis estar seguro de que soy sincera.

— Aguardaré resignado, pronunció Remond.

— Hareis más todavía, prosiguió. Mr. Vernon está proscrito: condenado y perjuro á sus juramentos, nada puede atraerle al punto en que vivimos, en que le aguarda la muerte, y de donde le separan por otra parte nuevas afecciones. Con todo, si fuese tan indiscreto que aquí se presentase, si su vida corriese peligro... Tenéis crédito é influjo para librarle de tal riesgo, para salvar á vuestro rival. ¡Ah, tranquilizadme respecto á su vida.

— Dios haga que no se presente, interrumpió Remond; mas si sucediese, os prometo que salvaré su cabeza.

— Gracias, caballero, gracias, pronunció Emilia juntando sus manos.

— ¿Teneis algo más que mandarme? La noche está ya cercana.

— ¿Quereis que os acompañe hasta el lado de vuestra tia?

— Id en su busca, y dejadme sola: si encontráseis á Marta tened la bondad de enviármela. Arde mi cabeza, y no puede menos de sentarme bien la brisa de la tarde.

Remond la hizo una respetuosa cortesía.

— He estado á pique de perderme, dijo al alejarse, cuando me enseñó la carta: mas ahora todo el secreto me pertenece, solo tengo por juez de mis acciones á mi conciencia. Emilia será mi esposa. (Continuará)

EL SELLO DEL MISTERIO.

La tombe est le sceau du mystère.
LAMARTINE.

Todas nuestras esperanzas allí se pierden, todos nuestros ensueños se confunden allí.

en el sepulcro que como lindero de la eternidad señala el término de nuestras ambiciones desoladoras, en el sepulcro, cuya llave guarda el tiempo para entregarla á la muerte cuando suena la hora fatal, y que tiene su acento mudo para el que de hinojos, y á su sombra de manda una voz de consuelo.

En cambio de tanta humillacion, de tan violenta agonía en el pecho, no hay en el sepulcro mas que la inmovilidad, el silencio, el misterio: inmovilidad que representa nuestro destino, silencio que revela la existencia del esqueleto, misterio que punza nuestra razon de insecto. En cambio de esta vaga pregunta que los hombres hacen con sus labios mudos, á sus dormidas estatuas, el misterio que devora nuestras creencias, y el misterio que orea nuestra cansada vista. Entonces no hay profanacion en la mirada, ni en el pecho ansia de descorder el velo denso que hay entre el tiempo, y la eternidad, ni el pensamiento alimenta vagas é incompletas formas que parodian un angel ó un demonio.

Entonces el sepulcro tiene un talisman en el misterio y un amuleto en el silencio. Habla al corazon, tiene la vida que le da el esqueleto que seco y descarnado se revuelve en sus paredes de granito, cada letra de su inscripcion es una voz del muerto, una palabra que pertenece ya al cementerio, y en cada relieve del sepulcro parece distinguirse el ojo escudriñador y crispado del que vive en la nada. Ahora no cuelga de él la calavera como el sello de una sentencia de muerte escrita en piedra, y la cruz que se destaca entre cetros y coronas, hace revivir nuestras pasadas creencias, y lleva nuestra seca mirada al pórtico del templo que está vacío. ¡Oh! vacío el templo y ocupado el sepulcro! Silencio por Dios.

A. NEIRA.

EL DUQUE DE ORLEANS,

CAPITULO II.

REVOLUCION DE JULIO—LLEGADA A PARIS—ENTRADA EN LA CAMARA DE PARES—HOLANDA—LYON—ANVERES.—1830—1835.

(Continuacion.)

Todos sabemos con que amenidad este cumplió con esa mision de paz, y esa tarea de consolacion al lado del mariscal Sout, ese viejo leon que representaba tambien la fuerza, el jóven príncipe hacia radicar la esperanza y el perdón, á sus palabras los odios se desvanecian y se veia en el porvenir dias mejores.

En Anveres, en el sitio de la ciudadela, el Príncipe Real estaba bajo las órdenes del Mariscal Gerard, solicitó el honor de abrir la brecha, no se le podía negar esta precedencia de la que se mostraba tan celoso. Durante todo el tiempo de las operaciones, se le ve en los puestos mas peligrosos: esto excita el celo de los trabajadores, sostiene la paciencia del soldado, le consuela en sus padecimientos partiéndolos con él. Pone en practica el arte de la guerra estudiándolo; como es el instinto militar habia en él adelantado la instruccion, asombra por la certeza de

sus medidas los generales mas experimentados. No dejaba la brecha mas que para vigilar los hospitales y los viveres; el bien estar del soldado es su primer pensamiento; no se aleja de la contienda mas que para ocuparse de los heridos.

El primero aplaude á todos los rasgos de valor, tiene alabanzas, recompensas y simpatias para todas las bellas acciones. Un dia recorriendo la brecha, bajo una lluvia de balas, pareció reparar que alguna emocion se manifestaba entre los trabajadores. — «No hay cuidado, amigos, les dijo, los holandeses apuntan demasiado alto; mirad, añadió este enderezando su bella estatura y subiendo en el parapeto, soy mayor que ustedes y sus balas no llegan á mi.»

Hasta esa campaña de Anveres, el soldado no conocia del duque de Orleans mas que esa afabilidad en el natural, no habia visto de él que su noble exterior, en las revistas é inspecciones, y las prendas que le encantaban, aqui, en medio de sus trabajos, vió que en ese jefe y en ese príncipe tenia un amigo. Era en efecto el carácter distintivo de toda la actitud militar del duque de Orleans; este queria al soldado; y era á fuerza de solicitud y de afeccion que sabia ganarse su cariño.

En el curso de estos pormenores volveremos mas de una vez á este punto; los hechos á él nos llevarán a cada paso.

EPISODIO.

UN JOVEN ARTILLERO.

El 28 de agosto de 1830 Paris puso un ejército en pie: cincuenta mil soldados ciudadanos se reunieron en el campo de Marte; el exterior de las legiones era maguffico; la disciplina, sin tacha. Parecia que para hacer salir esa muchedumbre con armas, un gigante habia conmovido del pie la tierra.

Ese ejército nacional se habia formado solo, y esperando las leyes que prometian organizarlo, este se presentaba delante del soberano que acababa de montar en el trono. Tenia su caballeria y artilleria.

Todos los ciudadanos se habian alistado. El duque de Orleans, solo de los príncipes que estuviesen entonces en edad de llevar las armas, estaba en la artilleria; continuando las tradiciones del colegio y preparando ya los talentos de general. Ninguno mejor que él se prestaba á los ocios de las viglias de guardia; se entregaba á los juegos con una bondad tan sosegada y tan simple que no permitia que se quebrantase algunas conversaciones que solo recordaban á los demas dándose las á entender á ellos mismos.

Esas noches de artilleria, las madrugadas de ejercicio, la riza de las maniobras, los grandes vasos de ponche, los cigarros eternos, los dichos alegres, los cuentos graciosos, las caricaturas, mil cosas que llegaban alto, los rasgos republicanos, las cauciones, los placeres y las tribulaciones del bivaque del jóven artillero de la guardia nacional parisiense, habian quedado entre los recuerdos mas gratos del príncipe. No omitia ocasion alguna de invocarlos, y siempre esa conmemoracion favorecia al que por su presencia y por sus palabras la habia promovido.

Alli fue tambien donde la generacion actual, habia visto todo lo que existia de ameno en ese príncipe que todas las posiciones encontraban tan de pronto adecuado á sus exigencias.

En la primera revista del campo de Marte, la bateria á que pertenecia el duque de Orleans no tenia mas que un vaso para vaciar varias botellas de vino; le obligaron al príncipe á beber el primero, este cedió, entonces se disputaron el derecho de beber tras él, y este quiso por segunda vez beber despues de todos los demas.

CAPITULO III.

LA CÓRCEGA—MASCARA—CONSTANTINA—LAS PUERTAS DE HIERRO—EL CUELLO DEL TENIAH—1835—1840.

La destruccion de la ciudadela de Anveres habia demostrado á la Europa que la Francia no habia perdido nada de lo que llevó á su cumbre la gloria de sus armas entre las naciones. El duque de Orleans en ella habia revelado todas las prendas brillantes que nuestros soldados exigen de su general.

El cólera, esa horrenda plaga que diezaba Paris y la Francia, habia visto el príncipe, no solo sin temor para él mismo, pero ameno y compasivo hácia los enfermos, habia recorrido las salas del Hotel-Dieu de Paris, como lo habia hecho en las calles de Lyon, oponiendo en todas partes la esperanza y el socorro á esa desolacion; y aqui como en Lyon, habia visto la sonrisa saludar su presencia y palabras.

Quería siempre ignorar las conspiraciones que amenazaban la vida de su padre. Me parece, decia él, que hay en esos pensamientos un crimen contra la Francia. No habia en nada alterado la seguridad de sus costumbres, habia vuelto á lo que llamaba su vida de paisano.

Peró en medio de esa tranquilidad aparente y de los gozos tan suaves de la familia, el Africa, los trabajos, las tareas es el valor de nuestros soldados, absorbian toda su mente. En 1835, manifestó el deseo de recorrer el Mediterráneo, fue á Córcega, en esa isla que recuerda uno de esos hombres que han llenado el mundo. Ese viaje de exploracion fue consagrado en un todo al entusiasmo por Napoleón, pero observó tambien con cuidado las costumbres de un pueblo que no conocia. De la isla de Córcega pasó á Africa á ponerse bajo las órdenes del Mariscal Clausel, entró en Mascara, quejándose de la larga carrera que habia recorrido sin peligro alguno. En sus escursiones militares, se complacia en docas indagaciones; y en una viveza singular de sentimiento poético referia todo á su patria; era á ella sola que codiciaba los tesoros de arqueología.

En Djimita, la belleza y la rara conservacion de los restos de un arco de triunfo le llamaron la atencion; deseaba que cada fragmento de esas ruinas fuese recogido y numerado de modo que pudiesen llevar el monumento y volverlo á construir; ya asignaba el sitio del edificio en las colinas de la Francia, y encima de esos despojos de piedra, hacia gravar esa inscripcion «El ejército de Africa á la Francia».

(Continuara.)

TEATROS.

CRUZ.

A las ocho y media de la noche. Octava representacion de

Pedro el negro ó los bandidos de la Lorena,

drama nuevo de grande espectáculo, en cinco actos, dividido el segundo en dos cuadros.

PERSONAJES. ACTORES.
Mariana Sras. Perez.
Ursula Sampelayo.
Andres Sres. Alverá.
Pascual Galtán (D. V.)
Pedro el negro Lumbreras.
Frauval Lopez.

Grande.
Oculi
Bru
Pablo
Max
Ladron 1.º
Id. 2.º
Id. 3.º
Rolando
Ped. gordo, zurdo
Mozo 1.º

Manchegas á cuatro, nuevas y llamadas del Piculi, por las señoras Saavedra y Lopez, y los señores Alonso y Ponca.

PRINCIPE.
Azcona
Torroba
Garceller
Azupardo
Garcia
Spuntoni
Reyes (D. M.)
Rada
Fernandez
Galtán (D. H.)
Lamad. (D. A.)

GUILLELMO TELL.
PERSONAJES. ACTORES.
Berta Sras. Diez.
Walter Tell Madrid.
Guillermo Tell Sres. Romea (D. J.)
Arnoldo Mestral Romea (D. F.)

Gesler Sobrado.
Baron Attinghausen Noren.
Walter Furtz Perez.
Roberto Diaz.
Ulrico Argente.
Werner Plo.
Un capataz Silbostr.
Arnoldo Paris.
Roseliman Ramirez.
Un obrero Uzelay.
Frantz Fern. (D. J.)
Otro obrero Sanchez.

Obreros, pueblo, conjurados, soldados, caballeros, el cuerpo de baile, acompaamiento y comparsas.

Atendida la estension del drama no puede ejecutarse ningun fin de fiesta.

IMPRESA DE BOIX.